

El 'estado del arte' en teoría de la comunicación: un ejercicio kuhniano

Edison Otero Bello*

Resumo

Este artigo resgata uma variedade de antecedentes e testemunhos para sustentar a tese de que os estudos sobre os fenômenos da comunicação formam um conjunto intelectual fragmentado e disperso, uma quantidade de propostas que não se dialogam entre si, que frequentemente se excluem ou se ignoram umas às outras e que permanecem isoladas. Esta situação não pode ser justificada ou colocada de lado com o argumento da pluralidade dos pontos de vista, como sinônimo de fecundidade temática ou com a tese da singularidade epistemológica das ciências sociais. Contrariamente a tais justificativas, o autor aplica na produção intelectual em Comunicação a diferença entre disciplinas maduras e imaturas desenvolvida por Thomas S. Kuhn. Ele sustenta que a linha central das disciplinas imaturas – a carência de consenso – se aplica inteiramente aos estudos da Comunicação.

Palavras-chave: Comunicação; teoria; comunicação de massa.

Resumen

Este artículo recurre a una multiplicidad de antecedentes y testimonios para respaldar la tesis de que los estudios sobre los fenómenos de la comunicación conforman un conjunto intelectual fragmentado y disperso, una variedad de planteamientos que no dialogan entre sí, que con frecuencia se excluyen o se ignoran unos a otros y que permanecen aislados. Esta situación no puede ser justificada o soslayada con el argu-

* Doutor em Filosofia pela Universidad de Chile. Professor de Jornalismo da Universidad Diego Portales e autor de livros como *Teorías de la Comunicación*, de 1998, *Ensayos de Epistemología*, de 2003, e *La Comunicación Imposible*, de 2005. Já foi diretor e vice-reitor acadêmico em universidades chilenas. Escreve uma coluna semanal no jornal La Nación. E-mail: eotero@vtr.net. Página web: www.edisonotero.cl

mento de la pluralidad de los puntos de vista como sinónimo de fecundidad temática o con la tesis de la singularidad epistemológica de los estudios sociales. A diferencia de tales explicaciones, el autor desarrolla el ejercicio de aplicar a la producción intelectual en comunicación la distinción entre disciplinas maduras e inmaduras desarrollada por Thomas S. Kuhn. Sostiene que el rasgo central de las disciplinas inmaduras –la carencia de consenso– se aplica enteramente a los estudios sobre comunicación.

Palabras-clave: Comunicación; teoría; comunicación massiva.

Abstract

Appealing to numerous sources and testimonies, this article argues that communication studies shape a broken and dispersed intellectual product, points of view with no dialogue between them, that exclude or ignore each other and remain isolated. This situation cannot be justified or put sideways holding that the plurality of these perspectives expresses some kind of thematic fertility or with the consideration of a supposed unique epistemic singularity of social studies. For the contrary and against these explanations, an intellectual exercise in developed applying to communications studies the distinction built by Thomas S. Kuhn that states differences between mature and immature disciplines. The author argues that the central feature on immature disciplines –the lack of consensus– applies entirely to communication studies.

Keywords: Communication; Theory; mass communication.

Puesto que forma parte del problema la idea misma de que existan formalmente una disciplina denominada “comunicación”, “comunicología”, o “teoría de la comunicación”, y un área claramente identificable, las reflexiones que siguen adoptan un enfoque minimalista y se refieren a un ámbito de estudio, el conjunto de la producción intelectual cuyo objeto son los fenómenos de la comunicación. Ello incluye, para efectos prácticos, tanto a las teorías, modelos o formulaciones sobre los medios de comunicación, la comunicación organizacional, las dinámicas comunicacionales en los grupos sociales y la comunicación interpersonal, y los estudios en áreas tan diversas

como la comunicación política, las campañas de finalidad social, o la comunicación no verbal. No obstante, esta opción no oculta el hecho de que hay planteamientos escépticos respecto de la existencia de un área tal (CRAIG, 1999).

Con el propósito de abordar semejante complejidad temática, se ha elegido una perspectiva inspirada en un planteamiento del historiador y filósofo de la ciencia Thomas S. Kuhn. Esto no significa que este trabajo pueda ser siquiera caracterizable o calificable como 'kuhniano'. Lejos de eso, lo que hace es tomar una tesis de Kuhn, considerarla con alguna independencia respecto del conjunto de su obra y aplicarla a modo de ejercicio de análisis sobre la producción intelectual en el área de la comunicación. La hipótesis de trabajo es, por supuesto, que la tesis es efectivamente aplicable y proporciona elementos para elaborar un "estado del arte" del área.

La tesis aludida distingue entre ciencias maduras e inmaduras - en términos kuhnianos estrictos, paradigmáticas y pre-paradigmáticas. Aunque esta tesis ocupa un lugar relevante en los planteamientos de Kuhn, es seguramente el tema menos asumido por los exegetas y por aquellos que dicen inspirarse en él, por más que él mismo les haya negado tal paternidad (OTERO, 2004).

Según pasan los años

En 1983, la revista *Journal of Communication* convocó a 35 autores, de 10 países, para que redactaran su visión acerca del estado de los estudios sobre comunicación en el mundo. El producto final conformó los números 3 y 4 del volumen 43 de la revista. En un tono indisimuladamente optimista, los editores sostenían la "emergencia de una nueva disciplina" con mucha vitalidad, con rápido desarrollo y un fecundo diálogo de perspectivas (1983, p. 4-5). En una estadística a vuelo de pájaro, al menos un 50% de las ponencias se inspiraban en Marx, la teoría crítica, contenían entusiasta jerga posmodernista, y proclamaban la buena nueva de temas como los enfoques retóricos, el feminismo - o género -, los estudios culturales, las interpretaciones fenomenológicas, el giro lingüístico y la superioridad de los métodos cualitativos. Para ser justos, no eran acontecimientos locales; el conjun-

to de las ciencias sociales y las humanidades comenzaba a ser invadido por un nuevo estilo de abordaje.

Para el año 1993, diez años después, las cosas se volvieron más complejas de lo esperado. Una vez más, la misma revista *Journal of Communication* dedicó un número especial a examinar el estado del arte en el área. En un ánimo mucho menos optimista que el de la década anterior, el volumen recibió el título de "El futuro del área: entre la fragmentación y la cohesión". Los editores propusieron a los colaboradores algunos temas, entre los cuales resaltaban los siguientes:

- Los estudios de comunicación carecen de estatus disciplinario porque no poseen un núcleo de conocimiento y, de este modo, su legitimidad institucional y académica constituye una quimera.
- La Guerra Fría ha terminado pero las batallas ideológicas y metodológicas – entre los determinismos psicológico, cultural, económico, textual, y tecnológico – continúan fragmentando el área.
- El tema de los efectos permanece como la eterna caja negra de la comunicación y plantea aún la mayoría de las preguntas sin respuestas. (1993, p. 4)

Un artículo del investigador sueco Karl Erik Rosengren encabeza este volumen especial. Sin dar rodeos y en clara alusión a los conceptos del volumen de 1983, Rosengren (1993, p 9) afirma: "El área, hoy, se caracteriza más por la fragmentación que por la fermentación". Su hipótesis es que la fragmentación se origina en el hecho de que el número creciente de tradiciones de investigación carece de las precondiciones básicas que garantizan acumulatividad de conocimiento. Estas precondiciones básicas son: teorías sustantivas, modelos formales, y data empírica; y rara vez se cumplen en la investigación comunicacional contemporánea. Según Rosengren sería necesario que los estudiosos con enfoques provenientes de las humanidades superen su aversión por los modelos formales y los que prefieren enfoques de ciencia social consideren lo que puede obtenerse de los abordajes humanísticos. Una dirección potencial de convergencia podría estar en los estudios de la recepción. Pero esto es lo ideal. El hecho es que, de acuerdo a Rosengren

(1993, p. 14), “..hemos terminado en fragmentación y un estancamiento amenazante”.

En 1999, la revista *Communication Theory* incluye en su número 2 un artículo de Robert T. Craig, con el título de “La Teoría de la Comunicación como un Campo”¹. La tesis de Craig es que pese al rango enormemente rico de ideas que caen bajo el alcance de la denominación “teoría de la comunicación” y no obstante las viejas raíces y la creciente profusión de teorías acerca de la comunicación, el campo no existe todavía. Mucho más explícitamente, Craig (1999, p. 119-120) hace un claro diagnóstico de dispersión de los esfuerzos:

Ante todo parecemos operar en dominios diferentes. Los libros y los artículos sobre teoría de la comunicación rara vez mencionan otros trabajos sobre el tema, como no sea dentro de estrechas especialidades (inter)disciplinarias y escuelas de pensamiento. Excepto dentro de estos pequeños grupos, en apariencia los teóricos ni coinciden ni discrepan mucho acerca de nada. No existe cánón teórico general alguno al que todos se refieran. No existen propósitos comunes que los unan, ni cuestiones disputadas que los dividan. En su mayor parte, simplemente se ignoran unos a otros.

Apoyándose en Anderson (1996), Craig reproduce los hallazgos de un trabajo que hace un análisis de contenido de 7 libros de textos de teoría de la comunicación, en los que se identifican 249 diferentes teorías, 195 de las cuales no figuran en más de uno de los siete textos. Y aunque piensa que es posible avanzar hacia un mejor estado de cosas por medio de una matriz disciplinaria que él denomina ‘dialógico-dialéctica’, cierra su reflexión de este modo: “Parece inevitable la conclusión que la teoría de la comunicación no es todavía un campo coherente de estudio” (CRAIG, 1999, p. 120).

Un claro ejemplo que respalda los planteamientos de Rosengren y Craig se encuentra en otro artículo de 1999, publicado en la revista *Human Communication Research*, con el título de “Anatomía de Dos Subdisciplinas en el Estudio de la Comunicación”. Su autor es Everett M. Rogers, figura reconocida en el ámbito académico. Rogers (1999, p. 618) sostiene que subsiste una profunda división entre el estudio de los medios de comunicación y los estudios sobre comunicación interpersonal, lo cual “..limita la coherencia de los estudios y viola la naturaleza holística de los procesos de la comunicación humana”. Ba-

sándose en el análisis cruzado de las citas, Rogers formula algunas conclusiones relevantes:

- El análisis de las citas revela que no hay una revista preeminente en los estudios de la comunicación.
- Tampoco hay una revista predominante en cada una de las dos áreas señaladas, el estudio de los medios y el estudio de la comunicación interpersonal.
- No hay siquiera un cierto grado de coherencia en los estudios.
- La división entre metodologías cuantitativas y cualitativas de investigación no hace sino agudizar la subdivisión antes aludida.
- Los estudiosos generalmente ignoran la literatura de sus contrapartes.
- Las divisiones están representadas incluso institucionalmente, tanto en las asociaciones de estudiosos como en la organización de los programas de entrenamiento doctoral en las universidades.

La tendencia a los rendimientos decrecientes

Un grado mayor de precisión en el diagnóstico puede lograrse considerando, por ejemplo, la postura de Melvin L. DeFleur. Este autor es conocido, entre otras consideraciones, por su consultado libro de texto sobre las teorías de la comunicación. Ha formado parte de sus preocupaciones el fijar los hitos significativos de investigación en la historia de las ideas sobre los procesos y los efectos de la comunicación medial (LOWEY; DEFLEUR, 1995). En un artículo que data de 1998, publicado en la revista *Mass Communication & Society*, DeFleur afirma que luego de hitos clásicos relevantes como fueron los estudios de la Fundación Payne, los aportes de Lazarsfeld y sus colaboradores, de Hovland y los suyos – entre otros – en las décadas recientes las contribuciones teóricas de importancia se reducen a un mínimo y no son en modo alguno comparable con los hitos clásicos. En un rápido recuento, DeFleur rescata a lo más aportes como la hipótesis de usos y gratificaciones y la propuesta de la agenda-setting.

Resulta muy interesante adentrarse en las causas a las que DeFleur atribuye el estado de cosas en la investigación sobre los medios de comunicación porque parecen igualmente generalizables a otros temas

comunicacionales. Por una parte, DeFleur se refiere a la retirada de los científicos sociales hacia otros temas, cuestión que ha sido señalada entre otros también por E. Katz (OTERO, 2005); en segundo lugar, indica el fracaso en el desarrollo de un programa común para la investigación de los fenómenos mediales; por otra parte, señala el giro de muchos académicos hacia los estudios cualitativos y la focalización en las perspectivas críticas de inspiración ideológica; en cuarto lugar, DeFleur identifica como otro factor la emigración de investigadores talentosos desde la academia hacia el mercado, atraídos por mejores salarios; en quinto lugar, la creciente dificultad para la obtención de fondos federales dedicables a los temas mediales; por último, y aunque no profundiza ni detalla sobre el particular, DeFleur (1998, p. 94) se refiere a cambios en la vida académica universitaria que, en el caso estadounidense, desmotivan y desincentivan la investigación.

Se trata de una diversidad de causas, y de distinto peso. Preferir el mercado, por ejemplo, en vez del trabajo académico puede ser una variable presente en cualquiera época y no es por sí misma una condición suficiente para explicar la falta de producción teórica relevante en un área. La dificultad para la obtención de fondos de investigación también puede ser una variable contingente, aunque puede resultar significativo determinar si se origina en la falta de interés de las fundaciones y de los fondos concursables por los temas mediales mismos²; eventualmente, se trata de un factor que pudiera estar cruzándose con el fenómeno más generalizado del abandono del área de los estudios mediales por parte de los científicos sociales, y cruzándose también con el fenómeno de la frágil credibilidad académica de los estudios en comunicación. Este fenómeno se extiende transversalmente por los sistemas universitarios en todo el planeta. En razón de todo lo anterior, resulta mucho más interesante la alusión de DeFleur al giro de muchos estudios hacia los abordajes cualitativos y las perspectivas críticas, lo que guarda estrecha relación con las reflexiones de Rosengren, Rogers y Craig. En lo específico, porque DeFleur asocia convincentemente esas tendencias con un extendido discurso anti-ciencia.

A este respecto, y en relación a los abordajes cualitativos, afirma:

Hoy en día, muchos estudiosos de los medios de comunicación no están bien entrenados, ni están comprometidos, e incluso son abiertamente críticos, en

relación a los postulados, los procedimientos y los requerimientos de la ciencia. Tales estudiosos con frecuencia usan una aproximación cualitativa e intuitiva para describir la naturaleza de los diversos rasgos y procesos de la comunicación masiva. Aunque tal abordaje tiene méritos en muchos casos, no está en condiciones de producir hitos significativos en la investigación capaces de proporcionar un fundamento para las rupturas teóricas o evaluaciones definitivas acerca de las formulaciones existentes...Las razones de esta conclusión pesimista no son complejas. Cualesquiera que sean los méritos de la investigación cualitativa, carece de algunos de los rasgos de la ciencia que por siglos la convirtieron en el modo aceptado de análisis para el avance del conocimiento en una multitud de disciplinas. Específicamente, la investigación cualitativa tiene limitaciones en el rigor puesto que no usa procedimientos de control para identificar y limitar la influencia de variables extrañas. No proporciona testes de validez y confiabilidad en la medición, u otras formas de observación. Carece de criterios claros para aceptar o rechazar conclusiones y para evaluar si los hallazgos son generalizables. De este modo, la investigación cualitativa es incapaz de proporcionar réplicas efectivas y no usa criterios sistemáticos para decidir cuándo una proposición está o no respaldada por evidencia. Por ello, aunque los estudios cualitativos pueden ser interesantes, iluminadores y útiles, particularmente como un medio para explorar por primera vez nuevos dominios de investigación, no están en condiciones de producir hitos mayores en investigación capaces de generar avances en el conocimiento en el área de la comunicación masiva (DEFLEUR, 1998, p. 93).

La crítica de DeFleur no es en absoluto exótica. Entre otras cosas porque el intento de convertir las metodologías cualitativas en el recurso definitorio de la investigación en comunicación es cosa del pasado. Los alegatos más recientes, amén de formular o no fuertes críticas en el estilo de Rogers (REYNOSO, 2000; BARKER, 2003), argumentan a favor de los intentos de integración (ALLEN, 1999; TRUMBO, 2004). El hecho es que en vez de producirse el reemplazo de las metodologías cuantitativas por las cualitativas, lo que se tiene es una tajante divisoria en la que las partes se excluyen mutuamente, lo cual es un elemento más del diagnóstico de fragmentación de los estudios.

En relación a las perspectivas críticas, DeFleur (1998, p. 93) desarrolla el análisis que sigue:

Estos autores hacen uso de perspectivas ideológicas - como algo opuesto a las científicas - para alcanzar conclusiones acerca de los procesos y los efectos de la comunicación masiva. Están comprometidos con varias formas de análisis crí-

rico; se trate de la así llamada perspectiva cultural, de una ideología derivada del marxismo, o de convicciones acerca de la hegemonía que sería ejercida a través de una amplia conspiración de propietarios, exportadores, el gobierno y otros, buscando la explotación de las audiencias. Tales estudiosos producen interesantes interpretaciones de lo que no anda bien con nuestros medios de comunicación y sus contenidos, o de cómo alguno está usando las audiencias de modo impropio para su propio beneficio político. Sin embargo, no producen mucho en el estilo de conclusiones sistemáticas empíricamente verificadas acerca del funcionamiento de los medios de comunicación o sobre cómo los medios influyen sobre los individuos y la sociedad... Sus conclusiones e interpretaciones están ya decididas antes que el análisis comience. Las derivan a priori a partir de la ideología en vez de obtenerlas de la observación empírica sistemática y no sesgada. Este es el problema con todas las ideologías de origen político o religioso. Las pruebas – en la forma de evidencia empírica obtenida a partir de observación no sesgada- no las necesitan.

El concepto de “crítica” debe ser, seguramente, de aquellos de la más amplia circulación y la más escasa precisión, un ejemplo perfecto de la relación lógica inversamente proporcional entre extensión y comprensión. Sobre este particular asunto en las ciencias sociales, Martín Hammersley (2005) ha elaborado unas agudas reflexiones que tienen una clara aplicación a los estudios en comunicación. Pero lo que a DeFleur sin duda le llama la atención en estas perspectivas críticas y cualitativas es la ausencia de mecanismos reconocidos de validación, verificación, o prueba. Un par de años antes de este artículo de DeFleur, los investigadores E. Fink y W. Gantz examinaron 253 artículos de 10 revistas estadounidenses relevantes en comunicación y medios y ratificaron la conclusión (FINK Y GANTZ, 1996-1999). El cuadro siguiente presenta resumidamente el asunto:

	Tradición Empírica	Tradición Interpretativa	Tradición Crítica
Formulación de hipótesis	67%	13%	13%
Muestra	60% no probabilística 25% probabilística 16% desconocida	37% desconocida 31% estudio de caso 28% muestra usada no probabilística	48% desconocida 26% estudio de caso 23% una sola muestra no probabilística
Verificación	47%	0,3%	0,3%

Este cuadro, además de representar la fragmentación entre las tendencias más relevantes en los estudios sobre comunicación, pone a la vista sus irreductibles diferencias metodológicas. Más allá del juicio que las tendencias cualitativistas y críticas merecen a DeFleur, resulta claro que su diagnóstico no hace sino agregar otro grado de ratificación a la atomización ya aludida por Rosengren, Craig o Rogers.

En un sentido bastante coherente con el diagnóstico de atomización y de profusión de productos intelectuales de dudosa especie, se pronuncian igualmente Armand y Michele Mattelart (1997, p. 10-11); en la introducción de su texto sobre la historia de las teorías de la comunicación, encontramos párrafos del siguiente tenor:

La historia de las teorías de la comunicación es la de estos fraccionamientos y de los diferentes intentos de articular o no los términos de lo que con demasiada frecuencia aparece más bajo la forma de dicotomías y oposiciones binarias. Incansablemente, en contextos históricos muy distintos, con variadas fórmulas, estas tensiones y estos antagonismos, fuentes de medidas de exclusión, no han dejado de manifestarse, delimitando escuelas, corrientes y tendencias... Si la noción de comunicación plantea problemas, la de la teoría de la comunicación no le va a la zaga. También ésta genera discrepancias. En primer lugar, y a semejanza de lo que ocurre en numerosas ciencias del hombre y de la sociedad, la posición y la definición de la teoría de una u otra escuela o de una epistemología u otra se oponen enérgicamente... Doctrinas de moda y predisposiciones a los neologismos meteóricos se consideran esquemas explicativos definitivos, lecciones magistrales que borran a su paso los hallazgos de lenta acumulación.

Buscando identificar las causas

Se trata de un conjunto de juicios severos. Dados los términos generales planteados por Rosengren, Craig, Rogers o DeFleur para articular sus diagnósticos, y dada igualmente la clara coincidencia que exhiben, es preciso avanzar con algún grado de detalle mayor. Y no un detalle cualquiera sino en lo específico con un balance de aquellas posturas que, en los inicios de los años 80, parecían dar fundamento a la esperanza. Parafraseando al poeta español Jorge Manrique, ¿y qué se hicieron los estudios culturales, y las revoluciones disciplinarias y epistemológicas prometidas por el postmodernismo, en su curiosa y variopinta diversidad temática, qué fue de todas ellas?. A mi juicio, su

efecto neto ha sido diluyente pero en el sentido más nefasto de la expresión; porque en vez de cohesionar el ámbito de los estudios en comunicación y de proporcionar un estatuto compartido consistente para la investigación y su legitimidad intelectual, el resultado es la disolución atomizante³. Como arrojar ácido al terreno. Esta disolución no se refiere sólo a la desaparición de las condiciones potenciales de unidad sino, además y lamentablemente, a una pérdida clara en el nivel de los estándares de calidad del trabajo intelectual. La multiplicación de trabajos insignificantes e intrascendentes caracteriza a un gran número de publicaciones.

En esto, la responsabilidad mayor radica en un irresponsable *laissez faire* conceptual y metodológico que pretende otorgar carta de ciudadanía intelectual a cualquier ocurrencia. ¿Por qué tienen responsabilidad en ello en general los estudios culturales y las tendencias posmodernistas? Por la tesis, a veces explícita y a veces implícita, de que no hay estándares intelectuales de validez general y que, en consecuencia, no existirían referencias respecto de las cuales atenerse en materia de conocimiento. Por tanto, queda decretada la permisividad total en materia de métodos, de validez, de certidumbre y de evidencia. Pero, entonces, ¿cómo se valida lo que uno sostiene? Si no hay comparabilidad, todas las afirmaciones (incluyendo las contenidas en los estudios culturales) viven en la soledad epistemológica más absoluta, autistas y autoreferidas. Ninguna puede ser considerada superior a otra. Estaríamos, así, frente a una teoría súper minimalista del conocimiento: esto es así porque yo lo afirmo así, en mi peculiar condición local, histórica y cultural. Y no hay cómo salir de allí, de esa condición fatal de monada leibniziana.

Conclusiones de este tenor laten en el libro *Apogeo y decadencia de los estudios culturales. Una visión antropológica*, del antropólogo argentino Carlos Reynoso. Su importancia radica, ante todo, en ser la primera revisión sistemática y crítica de los estudios culturales producida en el mundo latinoamericano. En efecto, la descripción del impacto de las tesis culturalistas y la crítica de sus conceptos principales, constituye una tendencia reconocida y estabilizada en el mundo anglosajón. Una muestra muy parcial la conforman el libro de Paul Gross y Norman Levitt (1994), *Higher superstition: The academic left and its quarrels with science*,

la ya clásica obra de Alan Sokal y Jean Bricmont (1999), *Imposturas Intelectuales*, el notable *Manifiesto of a passionate moderate*, de Susan Haack (1998), así como diversas publicaciones de John Searle (2001) reunidas en el volumen *La Universidad Desafiada: El Ataque Postmodernista en las Humanidades y las Ciencias Sociales*. El primer mérito de Reynoso (2000, p. 12) es enfrentarse a una pregunta central: "La duda tiene que plantearse: alguna vez: ¿es este aluvión de ditirambos correlativo a alguna forma nueva de conocimiento?". Es decir que, más allá o más acá de toda la algarabía y la marea de afirmaciones, una tendencia o un conjunto de planteamientos debe ser sometido al procedimiento de contrastarlo contra sus propias pretensiones, contra sus propias promesas. Establezcamos los antecedentes.

Estudios culturales quiere decir, ante todo, un conjunto de autores cuya referencia y autoreferencia es un rasgo característico de su actividad. En primer lugar, los autores ingleses inspirados en la New Left, en los años 70: Richard Hoggart, E.P. Thompson, Raymond Williams y Stuart Hall, y ubicables en el Centre for Contemporary Cultural Studies de la Universidad de Birmingham. Con estos autores, en énfasis variables, concurre la influencia de pensadores como Louis Althusser y Gramsci y, tendencias como la semiótica y el estructuralismo francés. A este conglomerado -por así decir, fundacional- se agregan figuras como Morley, Buckingham, Bennett y John Fiske, mezcladas en un escenario abigarrado que incluye a Marx, Adorno, Horkheimer, Lacan, Barthes, Lyotard, Derrida, Lawrence Grossberg, Ang o García Canclini.

Estudios culturales quiere decir, en segundo lugar, un conjunto de temas característicos que calza, en lo grueso, con la siguiente enumeración presentada por Reynoso (2000): género y sexualidad, identidad cultural y nacional, colonialismo y poscolonialismo, raza y etnicidad, cultura popular, estética, medios de comunicación, discurso y textualidad, retórica y teoría crítica, ecosistema, tecnocultura, ciencia y sociedad, pedagogía, historia, globalización en la era posmoderna, comunidades y representación cultural, entre otros.

Estudios culturales quiere decir, en tercer lugar, un conjunto de pretensiones epistemológicas, sintetizables en la tesis de que tales estudios rompen con la estructura disciplinar tradicional del saber. Algu-

nas afirmaciones específicas son las siguientes, tomadas de una diversidad de autores:

- Los estudios culturales no son una disciplina académica, sino un proceso crítico que trabaja entre los espacios de las disciplinas académicas y sobre las relaciones entre la academia y otros lugares políticos.
- Los estudios culturales son antidisciplinarios. No constituyen un dominio de objetos de estudio, ni un conjunto de prácticas metodológicas.
- Es un deseo de transgredir los límites disciplinarios establecidos y crear nuevas formas de conocimiento y comprensión no atados a esos límites.

La tesis central de Reynoso es que los estudios culturales no han pasado más allá del discurso y que ni remotamente han obtenido los objetivos que se propusieron. Por cierto, no han constituido forma nueva alguna de conocimiento. Ninguna integración posdisciplinaria ha ocurrido en ninguno de sus temas favoritos. No han constituido ninguna alternativa epistemológica a las disciplinas sociales tradicionales, reconocimiento hecho de las limitaciones que estas últimas de hecho exhiben. Conclusión más que desalentadora, dada la verdadera invasión de diversas de estas disciplinas y de las humanidades por los estilos culturalistas. Si esto así, y Reynoso insiste en que ese es el hecho, ¿cuál ha sido, entonces, el resultado neto conseguido por los estudios culturales en las humanidades y las ciencias sociales?

Reynoso (2000, p. 95) afirma, por una parte, lo siguiente: “Mi hipótesis en este punto es que, a despecho de la profusión de apologías y de la sobreabundancia de alardes, el aporte sustantivo de los estudios culturales ha sido apenas modesto, y en la mayoría de los casos de un carácter, si se quiere, trivial”. Siguiendo esta línea de consideraciones, podemos inferir que el brote epidémico culturalista y posmodernista ha significado, en una proporción alarmante, una degradación de los estándares de calidad del trabajo intelectual y académico en las humanidades y las ciencias sociales.

A continuación y en una exhibición analítica demoledora, Reynoso desarrolla una exhaustiva enumeración de las deficiencias intelectuales manifiestas de los estudios culturales y postmodernos:

- Ausencia de métodos y técnicas creados en el interior del movimiento.
- Inexistencia de textos referenciales cuya metodología se pueda estimar vigente.
- Falta de capacitación epistemológica, metodológica y técnica en el programa académico disciplinar del culturalismo.
- Desarrollo insatisfactorio, ambiguo y fragmentario de los marcos teóricos importados de otras disciplinas.
- Confusión de niveles epistemológicos y prevaricación sustantiva en el tratamiento del saber disciplinar.
- Utilización yuxtapuesta o simultánea de metodologías incompatibles y la falta de elaboración de las combinaciones de marcos heterogéneos.
- Presentación de reinventiones teóricas como descubrimientos, consecuencia de un conocimiento deficiente de los marcos disciplinarios y su historia.
- Actitud pueril de antidisciplinarietà no fundada en ninguna crítica disciplinar sustantiva, o basada en una concepción mecánicamente determinista de las prácticas académicas.
- Creencia en la disponibilidad de innumerables teorías refinadas donde ni siquiera existen teorías aceptables de calidad modesta.
- Preponderancia de expresiones abstractas, metafóricas o catacréticas en el repertorio conceptual.
- Degeneración del proyecto original de una práctica no académica accesible a los profanos, en una escritura academicista atestada de jerga, celebrada por su 'sofisticación'.
- Desplazamiento de la contracrítica por la invectiva, la puesta en duda de las "intenciones" o la descalificación personal o ideológica de quienes plantean cuestionamientos.

No se requiere demasiado conocimiento histórico de la evolución contemporánea de las ciencias sociales y las humanidades para concluir que esta enumeración perfila una situación conocida. Cambian los con-

tenidos, pero las prácticas resultan familiares. Hay literatura histórica suficiente en referencia al tema. En ese recuento no podrían faltar las obras señeras de los sociólogos Pitirim Sorokin y Stanislav Andreski, autores obligados en una radiografía de este tipo de tendencias. El escenario de las ciencias sociales y las humanidades en los años 60 y 70 condujo a Karl Popper a manifestar su escepticismo sobre la estabilidad y fortaleza intelectual de estas disciplinas. Y centró su diagnóstico crítico en la permeabilidad de estas orientaciones a las modas intelectuales y las mareas políticas (POPPER, 1997). La epidemia de los estudios culturales en los 90 es la expresión del mismo fenómeno, con las correspondientes variaciones temáticas.

Vale la pena reiterar, al menos, dos aspectos del análisis. De una parte, los estudios culturales revelan estar, no más allá del escenario de las disciplinas humanísticas y sociales (cualquiera sea la definición de su estado actual), sino más acá, en un estadio intelectual predisciplinario, con manejos metodológicos rudimentarios y una teorización elemental y simplista, todo ello enmascarado por una retórica demagógica⁴. De este panorama, es interesante destacar la pertinaz ignorancia que los autores exhiben en relación a la tradición científica, filosófica y literaria. Y, por otra parte, han demostrado ser, en una gran cantidad de casos, avanzadas académicas de proyectos políticos, en el mismo estilo de los años 60 y 70. Por ello, no puede llamar a sorpresa la explícita convergencia de los estudios culturales y una diversidad de segmentos de la izquierda política, desarmados ideológicamente después de la caída de los socialismos reales de Europa y Asia. Alan Sokal (1998) ha llamado la atención sobre este curioso matrimonio, maridaje que intercambia vicios en vez de virtudes.

La revista *Journal of Communication* vuelve a la carga

Leal a la práctica inaugurada en 1983, la revista *Journal of Communication* dedicó en 2004 dos números especiales a configurar un 'estado del arte' en comunicación. A diferencia de 1983 - claramente optimista - y de 1993 - claramente problemático - el tono de estas ediciones es simplemente neutral, eludiendo cualquier afirmación valórica. Se solicitó autores según el número de divisiones y grupos de interés ligados a la

International Communication Association, en torno de 4 temas: revisar las teorías claves y la investigación reciente sobre esas teorías; las tendencias recientes en teoría e investigación; evaluación de sus fortalezas y debilidades; y sugerencias sobre direcciones futuras de los estudios (2004, p. 588). Los editores dan por hecho que estamos frente a una disciplina, cuestión visiblemente problemática al menos en los planteamiento de los autores que hemos revisado en este artículo. El examen del material revela que el tema quedó sumergido bajo el afán de que cada división presentara sus avances; los aportes en materia de comunicación internacional, intergrupala, organizacional, periodística, etc., cedieron a la tentación de cubrir sus propias realidades y no plantearse los problemas de conjunto. Por así decir, la perspectiva de los árboles oscureció la perspectiva del bosque. En verdad, comparada con las de 1983 y 1993, esta edición es decididamente inofensiva en términos de interrogación intelectual.

Por eso mismo, las excepciones saltan a la vista. Por ejemplo, el artículo "Theory and Research in Mass Communication", de Jennings Bryant y Dorina Miron. Los autores se plantean ante todo la dificultad de desarrollar un diagnóstico de la situación dadas la extensión y velocidad de los cambios en el escenario de los medios y las tecnologías de comunicación; quien lo intente, afirman, se ve enfrentado a una condición similar a la de la predicción meteorológica: a saber, que cuando se formula el pronóstico, las condiciones del tiempo ya han cambiado. De ahí que enumeren una serie de cambios que es necesario tener en cuenta a la hora de intentar un estado del arte:

- Todos los medios de comunicación masiva están experimentando dramáticos cambios en su forma, contenido y sustancia.
- Nuevas formas de medios interactivos, como Internet, están alterando el modelo tradicional de comunicación masiva desde la comunicación de uno-a-muchos a la comunicación de muchos-a-muchos.
- Los patrones de propiedad de los medios están modificándose dramáticamente... de modo que tienden a despreocuparse de las necesidades de entretenimiento, informativas, educativas, políticas y sociales de los consumidores.
- Los patrones de percepción y los hábitos de las audiencias en el mundo entero están cambiando rápidamente.

- La unidad primaria del consumo medial – la familia – está experimentando cambios notables.
- Incluso en entornos familiares tradicionales estables, los medios interactivos están redefiniendo la vida familiar (Briant; Miron, 2004, p. 662-663).

A estas variables, Bryant y Miron (2004, p. 663) suman el rasgo ‘pluralístico’ de las epistemologías y metodologías en boga, la proliferación de fuentes de estudio (revistas), y la presencia extendida de miniteorías mal concebidas y mal definidas, y afirman que todo ello desafía la “calidad de nuestra ciencia y la potencialidad de nuestra comprensión”. No deja de sorprender que los autores se refieran a una ‘ciencia’ de la comunicación particularmente cuando, unas líneas más adelante, hablan de lo que parecen ser “las arenas movedizas de los estudios sobre comunicación masiva”. Igualmente llama la atención que se hable de ‘pluralismo’ epistemológico y metodológico, expresión que podría caber para referir las prácticas intelectuales de una disciplina integrada, en la que sus miembros utilizan unas y otras técnicas de investigación indistintamente. Como lo señalan, al menos, los planteamientos de Rosengren, Craig, Rogers, Reynoso y DeFleur, no es el caso⁵.

Bryant y Miron presentan un estudio que revisa la presencia de teorías de la comunicación masiva en tres publicaciones estadounidenses, entre 1957 y 2000, analizando 45 números de cada una de ellas. Las revistas examinadas son *Journalism & Mass Communication Quarterly* (JMCQ), *Journal of Broadcasting & Electronic Media* (JOBEM) y la propia *Journal of Communication* (JOC). La revisión incluyó 1.806 artículos, de los que se separaron 576 dedicados a “mass communication”. El primer resultado absolutamente sorprendente es que en estos artículos figuran 1.393 referencias a 604 teorías, paradigmas y escuelas. Por cierto, y con independencia del origen disciplinario, debe tratarse de un sentido muy amplio, generoso y poco restrictivo de lo que se entiende por teoría porque, además, ello debería ser correlativo de un estado intelectual esplendoroso de la investigación, algo que la física o la química, o las ciencias cognitivas, deberían envidiar indisimuladamente. Naturalmente, otra vez no es el caso. Por lo demás, se trata de ‘teorías, paradigmas y escuelas’ a las que los autores hacen referencia, y no mu-

cho más que eso. El cuadro siguiente, aportado por Bryant y Miron (2004), revela en qué escasa proporción las referencias tienen relación con la formulación y desarrollo de las teorías mismas.

Componente de construcción de teoría	Porcentaje respecto del total de las referencias
Se propone una teoría	3,6 %
Se somete a testar una nueva teoría	2,58%
Se integran teorías	2,01%
Se amplía una teoría	1,87%

En cuanto a las escuelas más citadas en las referencias, estas resultan ser los Estudios Culturales Británicos, la escuela sociológica de Chicago, la teoría crítica de la Escuela de Frankfurt, y el Círculo positivista de Viena. Pero se trata, como lo revela el cuadro anterior, de meras referencias; la práctica general es que estas referencias revelan las opciones previamente existentes de los autores y los artículos no tienen por propósito innovar respecto de esas preferencias. En lo que dice relación con teorías propiamente comunicacionales en relación a los medios, el estudio pone a la vista la popularidad de tres de ellas: usos y gratificaciones, agenda setting y la teoría del cultivo.

No excluyendo la identificación y descripción de una diversidad de modelos y propuestas, lo más relevante de la investigación descriptiva de Bryant y Miron (2004, 697) es la conclusión: Dice así:

Sin embargo, una advertencia está a la orden. Ninguna de las teorías de la comunicación masiva más populares en los comienzos del siglo XXI parece bien provista para explicar, predecir o incluso acomodar los notables cambios que están ocurriendo en nuestras instituciones mediales, los sistemas de mensajes y la audiencia -aquellos cuya crónica incluimos en el segundo párrafo de este artículo. Si eso no se rectifica, la tormenta bien podría aparecer en el horizonte.

Anderson y Baym (2004, p. 603), por su parte, apuntan más agudamente a las grandes diferencias que dividen a las diversas escuelas y movimientos en el área de los estudios de comunicación. Sostienen que:

La investigación y la teoría comunicacionales construidas sobre la base de supuestos ontológicos divergentes perciben un mundo diferente y andan en la búsqueda de objetos de explicación fundamentalmente diferentes. Tales puntos de vista ontológicos incompatibles, sugerimos, vuelven del todo imposibles las conversaciones cruzadas y las asociaciones; además, esto fractura una disciplina que, como ya dijimos, se ha mantenido junta no por coherencia paradigmática sino por arreglos administrativos poco sólidos⁶.

Como ya se ha señalado, la atomización reinante en los estudios tiene una variedad de consecuencias que conspiran en contra de un progreso consistente y sostenido de la investigación en el tiempo. Una de ellas hasta aquí no indicada específicamente ha sido identificada y abordada por F. J. Boster (2002). Este autor, profesor de la Michigan State University, sostiene que un rasgo de una situación promisoría en materia de estudios sobre cualquier tipo de fenómenos consiste en la capacidad de los estudiosos para evaluar el conjunto de la investigación existente y disponible hasta un momento dado, de modo de darle un sentido. A continuación, y a propósito de lo anterior, Boster (2002, p. 473) afirma: "La tesis central de este ensayo desafía la proposición de que este estado de cosas caracterice la investigación contemporánea en comunicación".

Según su parecer, esta situación carencial de origina en la ineficiencia de los estudiosos en relación al diseño, el análisis de los datos y los informes de los resultados de las investigaciones. Se trata de una cuestión decisiva pues lo que está en juego es el progreso de la investigación. Boster (2002, p. 474) lo reitera de este modo: "Dado que tanto el progreso teórico como el práctico se basan en la obtención de conclusiones a partir de la literatura existente, los procedimientos empleados para resumir los resultados de la investigación pasada adquieren un estatus especial, argumentablemente relevante".

En perfecta coincidencia con los trabajos de Fink y Gantz (1999), y de Bryant y Miron (2004), nuestro autor pone a la vista que las prácticas existentes en el área revelan debilidades inocultables en materia de

diseño de las investigaciones – por la cantidad de factores que se pretende considerar simultáneamente, por ejemplo –, en materia de testeo de hipótesis, en relación a la réplica de estudios y experimentos – cuestión metodológica crucial –, en cuanto al análisis de los datos y su consistencia con las predicciones y, en fin, relativas al informe de los resultados en tanto contiene las conclusiones a las que eventual y pretendidamente se ha llegado. Boster (2002) formula el juicio que en todos estos requerimientos metodológicos cruciales los estudiosos muestran carencias reales, competencias que no se manifiestan, prácticas que requieren evidentes mejorías. En razón de ello, no se está en condiciones de evaluar consistentemente el trabajo de los pares e identificar signos netos de progreso en la investigación.

¿Podría Kuhn acudir en nuestra ayuda?

No constituye exageración alguna sostener que los estudios en comunicación carecen de convergencias básicas en torno a los fenómenos (objetos) a estudiar, a la clase de conocimiento susceptible de ser obtenido, al modo de generar tal conocimiento, y en qué radica el valor de disponer de él. Ninguna retórica sobre pluralismo teórico o metodológico puede ocultar este hecho. El pluralismo en estas materias tiene sentido cuando la diversidad queda integrada a algo que constituye finalmente una unidad fundamental; de lo contrario, es pura diversidad, pura dispersión (HAMMERSLEY, 2004). Tampoco tiene mucho sentido compaginar consideraciones en torno a una supuesta peculiaridad irrepetible del tema y una singularidad irremediable de sus abordajes porque, al menos, debería esperarse de sus practicantes alguna consistencia en la definición de aquello en lo que eso tan peculiar consiste⁷.

¿Están sufriendo los estudios en comunicación de una condición única, no vista en otras áreas, una rareza tal que no quepa hallar nada semejante? La respuesta es no, puesto que a la vista se trata de una condición común con las ciencias sociales, como ha sido descrito y proclamado por una variedad de autores (BECKER AND RAU, 1992, BERGER 1992, HOROWITZ 1992, COLE 1994, BRUNER 1995, HOROWITZ 1995). La referencia a las ciencias sociales no es arbitraria, en tanto de ellas provienen muchos de los modelos utilizados en el

área de la comunicación. Todavía más, resulta perfectamente plausible afirmar que el estado de fragmentación y atomización descrito por los autores examinados en este artículo es una réplica y un eco bastante ajustado de lo que afecta hoy a la sociología, la psicología o la antropología. De este modo, nuestro ámbito de análisis experimenta una clara ampliación. La pregunta aplicable a este ámbito expandido, entonces, es : ¿cuáles son las causas de la fragmentación existente? Una respuesta posible y convincente puede hallarse en la obra del historiador y filósofo de la ciencia Thomas S. Kuhn, de profundo impacto precisamente en las áreas referidas. Pero no se trata de la teoría del cambio en la ciencia del autor sino de una cuestión más abarcante: su distinción entre tipos de ciencia.

Kuhn formula su distinción entre tipos de ciencia en diversos textos, utilizando diversas denominaciones; así, distingue entre ciencias no-desarrolladas y desarrolladas, inmaduras y maduras, protociencias y ciencias, pre-normales y normales, pre-paradigmáticas y paradigmáticas (KUHN, 2000). Ratifican la existencia de esta distinción una variedad de autores como Hoyningen-Huene (1993), Mayo (1996), Andersen (2001) o Nickles (2003), todos ellos exegetas de los planteamientos kuhnianos. Una primera aclaración implicada por la distinción entre tipos de ciencias sugiere que la ahora popular identificación de períodos en una disciplina científica madura y establecida institucionalmente (ciencia normal – crisis – revolución - nuevo paradigma - ciencia normal) se aplica específicamente a las ciencias maduras o paradigmáticas y no a las ciencias inmaduras o pre-paradigmáticas. Ahora bien, ¿qué caracteriza a las ciencias inmaduras, no desarrolladas o pre-normales? La siguiente enumeración recoge los rasgos que Kuhn les atribuye, como así también se los atribuyen los exegetas kuhnianos referidos.

- Carencia de consensos básicos entre los practicantes de la disciplina.
- Existencia de cierto número de escuelas y subescuelas incompatibles que compiten entre sí.
- Manutención de un discurso crítico de carácter crónico.
- Ausencia de criterios evaluadores comunes.

- Carencia de autonomía frente a los factores externos a la disciplina misma.

Cerrando el círculo de esta caracterización, Hoyningen-Huene (1993, p. 133) afirma que “[...] ejemplos contemporáneos de áreas carentes de consenso universal pueden hallarse en la mayoría de las ciencias sociales”.

Yendo entonces a lo nuestro, no hay modo de ocultar la franca convergencia entre la caracterización de las disciplinas inmaduras formulada por Kuhn y sus analistas y las descripciones elaboradas por Rosengren, Craig, Rogers, Reynoso, DeFleur y otros en relación a los estudios en comunicación, o la teoría de la comunicación. Ello invitaría a hablar de un área inmadura o subdesarrollada. Resulta de interés atender al hecho que Kuhn no elude hablar de disciplinas cuando se refiere a aquellas no desarrolladas. Reconociéndoles el carácter de disciplina, lo que hace es caracterizarlas en un estadio de desarrollo todavía problemático. En efecto, y a propósito de una polémica con el sociólogo Charles Taylor, Kuhn (1989) sostiene que las diferencias entre unas disciplinas y otras no son de principio sino de condición histórica. Esto descarta, en consecuencia, la crónica disputa acerca de los estatus especiales de unas ciencias y otras. Poner el centro de la atención en el estado de desarrollo de que se trate tiene, además, la ventaja de no tener que enfrascarse en debates al parecer inútiles sobre la existencia o inexistencia de un área o de una disciplina. Puede afirmarse la existencia del área y de la disciplina de los estudios sobre los fenómenos de la comunicación y, con todo, admitir sus condiciones carenciales y sus lastres; y un programa para el futuro mediato consistente en desarrollar aquello de lo que se carece y abandonar los rasgos que se erigen como claros obstáculos.

Notas

1. “Campo” o “area” se usan aquí indistintamente. Ninguno de ellos podría simular siquiera su origen en las ciencias físicas.
2. Se trata de un factor no despreciable. En efecto, y en perfecto contraste con esta eventual circunstancia influyente actual, el apoyo de las

fundaciones fue una variable significativa en el origen de la investigación científica en comunicación en la escena estadounidense a finales de los años 30 y comienzos de los 40. Sobre el particular puede consultarse el estudio de D. Fisher (1983), en mi opinión más por sus datos y antecedentes que por sus interpretaciones.

3. Esta conclusión no escapa a autores ligados a los propio estudios culturales. Así, por ejemplo, Baetens (2005, p. 4) afirma: "En vez del pseudo homogéneo campo de 'unos' estudios culturales, podemos observar ahora el crecimiento de estudios culturales 'subculturales' que claramente tienden a ignorarse entre sí y a la propia disciplina más amplia".

4. Otro valioso estudio sobre las influencias interpretativistas en antropología ha sido elaborado por Todd Jones (1998).

5. Como un ejemplo ilustrativo, a propósito de puntos de vista que se excluyen entre sí, puede revisarse el intercambio polémico entre F. Webster (2004) y David Marsh (2005) en relación al cierre de la Escuela de Birmingham.

6. Unas provocativas y poco referidas reflexiones sobre el concepto de disciplina están en el prefacio de 1956 que Karl Popper redactó para su volumen "Realismo y el objetivo de la ciencia", que constituye el tomo I de su *Post Scriptum* a su afamado libro "La Lógica de la investigación científica". Como puede constatarse, son de una innegable pertinencia para los debates sobre el perfil del área de la comunicación (Popper 1983, p. 45-48).

7. En verdad, ni siquiera el concepto de "comunicación" es un punto de convergencia teórica. Peters devela las visiones y confusiones asociadas y habla de un concepto indiferenciado, caracterizando al menos las siguientes acepciones: comunicación como compartir, como impartir, como transmitir, como intercambiar, como interactuar. Nosotros podríamos agregar comunicación como transporte y como ri-

tual (al modo de Carey y Katz), como juego, drama y rito (al modo de Goffman), como transacción o negociación (al modo de Bauer), etc.

Referencias

ALLEN, Mike. The role of meta-analysis for connecting critical and scientific approaches: the need to develop a sense of collaboration. *Critical Studies on Mass Communication*, p. 373-378, 1999.

ANDERSEN, Hanne. *On Kuhn*. Belmont, CA: Wadsworth, 2001.

ANDERSON, James A.; BAYM, Geoffrey. Philosophies and philosophic issues in communication, 1995-2004. *Journal of Communication*, v. 54, n. 4, p. 589-615, 2004.

ANDRESKI, Stanislav. *Las ciencias sociales como formas de brujería*. Madrid: Taurus, 1973.

BAERT, Patrick. Richard Rorty's Pragmatism and the Social Sciences. *History of the Human Sciences*, v. 15, n. 1, p. 139-149, 2001.

BARKER, Martin. Assessing the 'quality' in qualitative research: the case of text-audience relations. *European Journal of Communication*, v. 18, n. 3, p. 315-335, 2003.

BATENS, Jan. Cultural studies after the cultural studies paradigm. *Cultural Studies*, v. 19, n. 1, p. 1-13, 2005.

BECKER, Howard S.; RAU, William C. Sociology in the 1990s. *Society*, v. 30, n. 1, p. 70-74, 1992.

BERGER, Peter L. Sociology: a disinvitation?. *Society*, v. 30, n. 1, p. 12-18, 1992.

BORRADORI, Giovanna. *La filosofía en una época de terror*. Buenos Aires: Taurus, 2004.

BOSTER, Franklin J.. On making progress in communication science. *Human Communication Research*, v. 28, n. 4, p. 473-490, 2002.

BOURDIEU, Pierre. *Science de la science et réflexivité*. Paris: Raisons D'Agir, 2001.

BRUNER, Jerome. *Actos de significado: más allá de la revolución cognitiva*. Madrid: Alianza Editorial, 1995.

BRYANT, Jennings. Critical communications challenges for the new century. *Journal of Communication*, v. 54, n. 3, p. 389-401, 2004.

BRYANT, Jennings; MIRON, Dorina. Theory and research in mass communication. *Journal of Communication*, v. 54, n. 4, p. 662-704, 2004.

CAREY, James W. *Communication as culture: essays on media and society*. Boston: Unwin Hyman, 1989.

CASTELLS, Manuel. *La galaxia Internet: reflexiones sobre Internet, empresa y sociedad*. Barcelona: Plaza & Janés, 2001.

CHAFFEE, Steven H.; METZGER, Miriam J. The end of mass communication?. *Mass Communication & Society*, v. 4, n. 4, p. 365-379, 2001.

COLE, Stephen. Why Sociology doesn't make progress like the natural sciences. *Sociological Forum*, v. 9, n. 2, p. 133-154, 1994.

CRAIG, Robert T. Communication theory as a field. *Communication Theory*, v. 10, n. 2, p. 119-161, 1999.

DAYAN, Daniel; KATZ, Elihu. *Media events. the live broadcasting of history*. Cambridge: Harvard University Press, 1992.

DEFLEUR, Melvin L. Where have all the milestones gone? The decline of significant research on the process and effects of mass communication. *Mass Communication & Society*, v. 1, n. 2, p. 85-98, 1998.

FINK, Edward J.; GANZ, Walter. Análisis de contenido de tres tradiciones de investigación en comunicación masiva: ciencia social, estudios interpretativos, y análisis crítico. *Talón de Aquiles*, n. 7, p. 2-18, 1999.

FISHER, Donald. The role of philanthropic foundations in the reproduction and production of hegemony: Rockefeller Foundation and the social sciences. *Sociology*, v. 17, n. 2, p. 206-233, 1983.

GROSS, Paul; LEVITT, Norman; LEWIS, M. *The flight from science and reason*. New York: New York Academy of Sciences, 1996.

HAMMERSLEY, Martyn. Social science methodology today: diversity or anarchy?. *British Journal of Sociology of Education*, v. 24, n. 1, p. 119-126, 2004.

_____. Should social science be critical?. *Philosophy of the Social Sciences*, v. 35, n. 2, p. 175-195, 2005.

HAACK, Susan. *Manifesto of a passionate moderate*. Chicago: The University of Chicago Press, 1998.

HARTLEY, James; SOTTO, Eric; FOX, Claire. Clarity across the disciplines: an analysis of texts in the sciences, social sciences, and arts and humanities. *Science Communication*, v. 26, n. 2, p. 188-210, 2004.

HOROWITZ, Irving Louis. The decomposition of Sociology. *Academic Questions*, Spring, p. 32-40, 1992.

_____. Are the social sciences scientific?. *Academic Questions*, Winter, n. 95-96, p. 53-59, 1995.

HOYNINGEN-HUENE, Paul. *Reconstructing scientific revolutions. Thomas S. Kuhn's philosophy of science*. Chicago: The University of Chicago Press, 1993.

JONES, Todd. Interpretive social science and the native's point of view: a closer look. *Philosophy of the Social Sciences*, v. 28, n. 1, p. 32-68, 1998.

JOURNAL OF COMMUNICATION. v. 33, n. 3, 1983.

_____. v. 43, n. 3-4, 1993.

KUHN, Thomas S. *El camino desde la estructura: ensayos filosóficos 1970-1993, con una entrevista autobiográfica*. Barcelona: Editorial Paidós, 2002.

MARSH, David. Sociology and cultural studies at Birmingham and beyond. *Cultural Studies*, v. 19, n. 3, p. 388-393, 2005.

MATTELART, Armand; MATTELART, Michele *Historia de las teorías de la comunicación*. Barcelona: Editorial Paidós, 1997.

MAYO, Deborah. Ducks, rabbits, and normal science: recasting the Kuhn's-eye view of Popper's demarcation of science. *The British Journal for the Philosophy of Science*, v. 47, n. 2, p. 271-290, 1996.

MUTZ, Diana C. The future of political communication research: reflections on the ocasión of Steve Chaffee's retirement from Stanford University. *Political Communication*, n. 18. 231-236, 2001.

NICKLES, Thomas (Ed.). *Thomas Kuhn*. Cambridge: Cambridge University Press, 2003.

O'NEILL, John. Rhetoric, Science, and Philosophy. *Philosophy of the Social Sciences*, v. 28, n. 2, p. 205-225, 1998.

OTERO, Edison. *Teorías de la comunicación*. Santiago: Editorial Universitaria, 2004.

_____. La distinción kuhniana entre tipos de ciencia y la inconsistencia fundacional de los estudios sociales de la ciencia. *Revista Electrónica de Ciencias Sociales*, v. 1, n. 1, Universidad de Viña del Mar, 2004.

_____. *La comunicación imposible*. Santiago: Bravo y Allende Editores y Facultad de Ciencias Políticas y Administración Pública, Universidad Central de Chile, 2005.

POPPER, Karl R. *Realismo y el objetivo de la ciencia*. Madrid: Tecnos, 1983.

PETERS, John Durham. *Speaking into the air*. Chicago: The University of Chicago Press, 1999.

REYNOSO, Carlos. *Apogeo y decadencia de los estudios culturales: una visión antropológica*. Barcelona: Gedisa Editorial, 2000.

ROGERS, Everett M. Anatomy of the two subdisciplines of communication study. *Human Communication Research*, v. 25, n. 4, p. 618-631, 1999.

ROSENGREN, Karl Eric. From field to frog ponds. *Journal of Communication*, v. 43, n. 3, p. 6-17, 1993.

SEARLE, John. *La universidad desafiada: el ataque postmodernista en las Humanidades y las Ciencias Sociales*. Santiago de Chile: Universidad Central de Chile/Bravo y Allende Editores, 2003.

SOKAL, Alan; BRICMONT, Jean. *Fashionable nonsense: postmodern intellectual's abuse of science*. Picador: Pan Books Limited, 1998.

SOROKIN, Pitirim. *Achaques y manias de la sociología contemporánea y ciencias afines*. Madrid: Aguilar, 1964.

TRUMBO, Craig W. Research methods in mass communication research: a census of eight journals 1990-2000". *Journalism and Mass Communication Quarterly*, v. 81, n. 2, p. 417-436, 2004.

WEBSTER, Frank. Cultural Studies and Sociology at, and after, the Closure of The Birmingham School. *Cultural Studies*, v. 18, n. 6, p. 847-862, 2004.